



EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO, EN BUSCA DE UNA DISPOSICIÓN ESPACIAL¹

Mauricio Onetto P.²

“La historia de Chile es la historia de su devenir espacial...”³

Tras el terremoto del 27 de febrero del presente año, una de las frases más repetitivas que se escuchaba en Chile era la de “falta de tiempo”, pero sobre todo la de “tiempo perdido”. Diversos factores explican esta utilización, la cual fue ocupada de manera transversal en la sociedad. Desde las autoridades que se acusaban unas con otras por la lentitud o falta de precisión en la información, hasta el señor que había construido una pared y la había dejado a la mitad disparaban al viento estas frases. Ciertamente, todas apuntaban a señalar que en caso de haber tenido un poco más de tiempo se hubiera actuado o prevenido a la población de mejor forma. Es cierto, el tener un poco más de tiempo, en muchos casos, es sinónimo de tener la posibilidad de hacer mejor las cosas, de ampliar la posibilidad del éxito, sin embargo,

-
- 1 El contenido de esta breve reflexión está inscrita dentro de nuestra actual línea de estudio que trata sobre catástrofes, memorias y construcción del espacio en Chile.
 - 2 Chile. Doctorante en « Histoire et Civilisations » de L'École des Hautes Études en Sciences Sociales de Paris (EHESS), Centre GGH-TERRES. Nuestro trabajo es dirigido por Alain Musset. Master en « Histoire » de l'EHESS de Paris. Licenciado en « Historia » Pontificia Universidad Católica de Chile. Correo electrónico: maonetto@ehess.fr
 - 3 Jocelyn-Holt, 2008, p 16.

no de asegurarlo. Y ahí está el primer gran error: culpar al tiempo de no haber otorgado más posibilidades y “espacios” para haber actuado mejor, es decir, invertir la relación de responsabilidad, dejar que las culpas sean arrastradas por el viento –algo común en Chile– y esconder con ello esas posibilidades que sí pudieron ser consideradas. En este sentido, pensamos que nuestro “tiempo perdido” no pasa por una falta de atención con la actualidad o únicamente por haber actuado tarde, sino por no haber leído con atención las posibilidades que pudieron ser y se dejaron a un lado. Nuestro “tiempo perdido” es haber elegido lo más simple y rápido, lo que se vislumbra bellamente, lo que resulta heroico y a la vez superficial, no duradero; en el fondo, de haber pospuesto una y otra vez nuestro único gran punto en común histórico: esa eterna relación de amor y odio con nuestra geografía diversa, exuberante y sorpresiva.

En otras palabras, nuestro “tiempo perdido” ha sido nuestra incapacidad de reconocer y reflexionar sobre nuestro espacio, sobre dónde nos situamos, o sea, sobre nuestra disposición espacial.

De una “falsa alarma” a una “falta de alarma”

El día 16 de enero del año 2005 fue un día distinto en la región del Bío-Bío⁴. El ambiente de tranquilidad y “normalidad” que se apreció durante el día, cambió repentinamente a eso de las diez de la noche en la mayoría de las comunas que conforman la región. A esa hora comenzaron a sonar las alarmas de los bomberos en las distintas localidades –Concepción, Lebu, San Pedro de la Paz, Penco, Tomé y Coronel–, pero no era una alarma cualquiera, de incendio o accidente, sino la que advertía que venía un tsunami. Nadie cuestionó esta alarma, sino que por el contrario, se hizo lo que como comunidad se había estipulado ante estas situaciones de emergencias, es decir, correr hacia los cerros más próximos con tal de “salvar las vidas”. Los habitantes corrían despavoridos, los gritos abundaban, mientras diversos medios de transporte como “carretas”, autos y camionetas se llenaban de personas; todo con tal de escapar de aquel “teatro de muerte” que imaginaban en esos momentos⁵. Pese a esta

4 La región se encuentra ubicada a 450 km al sur de la capital Santiago.

5 Una mujer de 62 años murió mientras escapaba.

suerte de caos que invadía a la localidad, de igual modo, algunos reporteros gráficos se las ingeniaron para captar parte de las escenas que se vivían en aquellos minutos.

Lo interesante y “conmovedor” se produjo cuando empezaron a pasar los minutos y el mar no avanzaba desde la orilla de la playa. Las autoridades, en medio del caos que cundía, comenzaron a deducir que todo se trataba de una falsa alarma, pero por más que quisieron claudicar el asunto esa misma noche por diversos medios de comunicación, radio, TV, internet, teléfono, ninguno de éstos fue lo suficientemente convincente para indicar que no pasaría nada. La gente pernoctó en los cerros y muchos de ellos no quisieron bajar hasta el atardecer del otro día. A la mañana siguiente, la noticia corrió por todo el país; todos buscaban a los culpables, pero éstos no aparecieron. El problema llegó a ser nacional, lo que provocó que el propio gobierno de turno saliera a tranquilizar a sus “ciudadanos”.

Luego del caos y para informar al “país” un periodista de televisión que estaba en el lugar relató lo acontecido de la siguiente forma:

“La verdad es que ha sido una larga y complicada noche acá en la octava región luego del aviso, todavía no sabemos su origen de un tsunami que ocurriría frente a nuestras costas; menos mal y gracias a Dios todo se trataba, eso sí, de una falsa alarma, pero tenemos imágenes realmente impactantes del miedo y del pánico de miles de personas que ante este rumor salieron con lo puesto de sus casas y corrieron hasta un lugar más seguro... situación que se repitió en Coronel, Lota, Arauco, San Pedro de la Paz, Concepción, Penco, Tomé, en fin, en todas las comunas que tienen sus hogares frente a las costas”.⁶

Hacia el año 1751, una situación similar se vivió en la misma región. Sin embargo, aquella vez sí se produjo un tsunami que ameritó que el pueblo entero corriera hacia un destino seguro y que posteriormente se decidiera cambiar el sitio de la ciudad lo más lejos posible del mar. Lo interesante se da cuando se yuxtaponen ambas descripciones y notamos que tanto la escenografía como intensidad de las situaciones es realmente parecida:

6 Este relato y las imágenes sobre lo acontecido se encuentra en el archivo electrónico de canal 13: <http://teletrece.canal13.cl/html/Regiones/Sur/208384.html>

“(...) se hallaban cercados entre ellas y los más en los patios de las casas queriendo con grandes fatigas unos saltar las exteriores paredes que aún no estaban caídas, otros a derribar sus puertas de la calle que con el peso de la ruina de las casas que cargaba sobre ellas era imposible el abrirlas y otros imposibilitados de hacer alguna diligencia pues su cortedad de espíritu los tenía enteramente sorprendidos e imposibilitados de huir del gran peligro que se experimentaba, el que se hallaba en la calle ya recobrado de huir al monte, gritaba al paso que corría diciendo el mar sale de su centro”⁷.

Más allá de la descripción “anecdótica” o de las continuidades, ruptura o similitud entre ambos casos, a lo cual podríamos dedicar un artículo entero, lo cierto es que estas descripciones nos sumergen en un verdadero mundo de preguntas e inquietudes sobre cómo los habitantes de Chile se han relacionado con su espacio. Decimos “espacio” y no catástrofes puesto que pensamos que los “conflictos” y “tensiones” suceden con respecto a la relación con el punto de origen de donde ocurren las cosas, en tanto lo demás, entre ellos los desastres que se den, vienen a ser parte de este mismo proceso un poco inconexo.

En este sentido, más allá de catalogar como “torpeza” o “falta de lectura” al ejemplo presentado –lo cual no creemos fuera así⁸–, o únicamente quedarse con que el hecho no fue más que una suerte de “continuidad histórica” ante la falta de conocimiento sobre cómo enfrentar un fenómeno natural, nos parece una explicación algo limitada. Pensamos, que hay que extender las reflexiones hacia campos que generen preguntas más sofisticadas que vinculen este tipo de situaciones puntuales con otras de mayor envergadura. Preguntarse sobre el nivel de alarma en los que vive esa población, los niveles de seguridad que les genera un paisaje determinado –como los cerros aledaños y sus circuitos–, la influencia del tipo de construcción y vivienda en la zona o, simplemente, develar los recuerdos que alimentan estas sorpresas respuestas podrían convertirse en parte de los ejes de investigación para este caso.

7 Tosca narración de lo acaecido en la ciudad de la Concepción de Chile el 24 de mayo de 1751. Gay, 1852.

8 Considerando que unos días antes en Indonesia hubo un maremoto que descolocó a gran parte del mundo por sus imágenes, nos parece comprensible parte de la respuesta que tuvieron los ciudadanos, lo que complejiza totalmente el estudio sobre el caso.

Con lo anterior no estamos señalando que el tema del espacio no haya sido considerado por los habitantes y sus autoridades. De hecho, se puede asegurar con certeza que al territorio chileno, de una manera u otra, se le ha reconocido como algo importante y muchas veces determinante –sobre todo ante la regularidad de los eventos catastróficos– dentro de su población. Es más, creemos que hasta la actualidad –en términos culturales– se ha superpuesto y otorgado al “espacio” una categoría cuyas propiedades se asimilan a las de un “ente” –eso sí, algo en desórbita–, posicionándolo tan en lo alto que sólo se le ha podido apreciar o ver desde la lejanía. Quizás, esto podría explicar esa incapacidad histórica de no poder apprehenderlo como conjunto, es decir, que no se haya podido establecer una intensidad lo suficientemente certera para construir una relación íntima o de complicidad con él. Es propio, pero no íntimo y dentro de esta dialéctica o, quizás para otros, contradicción es donde se han fundado los márgenes, relaciones y contenidos entre el espacio y los habitantes, los cuales pensamos marcan una parte relevante de su historia. Tanto en lo “popular” como en lo “oficial” se registra esta misma suerte de propiedad.

Sin duda, hay una serie de elementos que han ayudado a sacralizar esta relación con el espacio. En efecto, desde el periodo colonial hubo esta necesidad de elevar la geografía del territorio chileno a un espacio sideral que lo transformara en algo exclusivo. No obstante, esto se consagró con diferentes personajes y estudiosos de Chile y el mundo que fueron destacando este aspecto y no ayudando a generar cuestionamientos que hicieran pensar al espacio de una manera diferente. Gran parte de estas consideraciones se han producido a partir de la observación de que Chile gozaría de una geográfica algo dispar o “loca” como han llamado algunos⁹, que lo convertiría, según aquellos autores, en un país único en el mundo lo cual es bastante explotado en los argumentos de los autores. A esto se suman los eventos de tipo catastrófico que se viven de forma periódica en el territorio –terremotos, erupciones e inundaciones–, lo que da como resultado que esta concepción se haya mantenido con el tiempo. Desde el nacimiento de la república en el siglo XIX, habría comenzado esta operación mediante una serie de “slogans” que vinculaban esta exclusividad espacial y

9 Subercaseaux, 1999.

“eventual” con una posible identidad de los habitantes¹⁰. Conceptos como el de “exclusividad territorial”, “pueblo sufrido” o que el poblador chileno tiene un “carácter telúrico” han sido desarrollados y explotados en la cultura oral, el folclore y también en la academia bajo un gran consenso¹¹.

De hecho, esto ha sido también creído y explotado por autores extranjeros como Ortega y Gasset¹² y, en su momento, por personajes destacados en la historia americana como Simón Bolívar. Este último indicaba lo siguiente en referencia a cómo la naturaleza y aquellos espacios de carácter “histórico-naturales” afectaban el “espíritu” de la población:

“El reino de Chile está llamado por la naturaleza de su situación, por las costumbres inocentes y virtuosas de sus moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos de Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una república. Si alguna permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la Chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad; los vicios de Europa y Asia llegarán tarde o nunca a corromper las costumbres de aquel extremo del universo. Su territorio es limitado; estará siempre fuera del contacto inficionado del resto de los hombres; no alterará sus leyes, usos y prácticas; preservará la uniformidad en opiniones políticas y religiosas en una palabra: Chile puede ser libre”¹³.

Sin embargo, lo cierto es que las grandes reflexiones surgidas, a las cuales no quitamos mérito e, incluso, compartimos en algunos casos, no poseen un sustento histórico mayor, es decir, ninguno de los análisis se basa en estudios históricos que se hayan dedicado exclusi-

10 Uno de los artículos del dossier estudia cómo los historiadores liberales del siglo XIX han fomentado una memoria de tipo telúrica para la nación.

11 Subercaseaux, 1999; Roa y Tellier (eds.), 1993; Keller, 1931; Oyarzún, 1967; Castillo Fadic, 2003; Cf Jocelyn- Holt, 2004, 1997.

12 Ver Ortega y Gasset en “Discurso en el Parlamento Chileno”, en *Obras Completas*, Tomo VIII, Madrid, Revista de Occidente, 1965; “Porque tiene este Chile florido algo de Sísifo, ya que como él vive junto a una alta serranía y, como él, parece condenado a que éste se le venga abajo cien veces lo que con su esfuerzo cien veces elevó”, Citado por Castillo Fadic, 2003, p 9.

13 Simón Bolívar, *Carta de Jamaica* (1815). Citado en Castillo Fadic, 2003, p 29.

vamente al tema y es en este escenario que deseamos contribuir¹⁴. Ahora bien, también sería sugerente verificar desde dónde nace todo esto. Suponer que aquellas impresiones vienen mediatizadas y generadas exclusivamente desde un foco central, como lo puede ser un discurso construido por una elite –autoridades e intelectuales–, lo cual compartimos de una u otra forma, sería injusto desde el punto de vista del ejercicio de la comprensión. Quitar importancia a manifestaciones culturales espontáneas o de mayor alcance popular, como la que vimos más arriba, sería claramente un error. En el fondo, un primer paso de este proceso de recuperar el “tiempo perdido” sería reconocer quiénes eran y son los personajes que se ven involucrados en estas apreciaciones, ¿son los habitantes de cada localidad, son los pobladores de Chile en su conjunto o son las autoridades, historiadores y académicos quienes se encargan realmente de construir un discurso sobre el territorio? En el fondo, es dentro de esta mixtura de posibilidades y preguntas donde pensamos hay que irrumpir para poder penetrar en aquellas tensiones y disputas que han ayudado a construir la noción espacial del territorio, lo que involucra al mismo tiempo prestar atención a las diferentes narrativas, relaciones y/o vínculos sociales, prácticas y divergencias que se han desarrollado o utilizado con respecto al espacio, ya que es probable que todos los grupos hayan ayudado a forjar esta visión.

Asimismo, habría que preguntarse por qué ese apego de los habitantes de Chile y sus autoridades de pensar que el territorio es especial y exclusivo por los acontecimientos que presenta. Serán este tipo de enunciados y discursos –de pueblo elegido– los que nublan las decisiones y generan esa distancia que tenemos hacia el territorio. Efectivamente, somos un país que debe hacer frente a una gama de sorpresas de la naturaleza, pero la pregunta sería ¿somos más “especiales” o “exclusivos” que Japón, Italia, Perú o espacios amplios como Centroamérica, quienes se asemejan o nos superan en cantidad de catástrofes?

14 En cuanto a la historiografía, uno de los estudiosos que reflexionó sobre estos problemas fue Rolando Mellafe, pero sólo alcanzó a establecer una serie de premisas históricas metafísicas con respecto al territorio, lo cual no respaldó en un trabajo historiográfico de alcance científico. De hecho, el autor mediante una suerte de retórica más bien holística señalaba que Chile tendría dentro de su “ser” un *acontecer infausto*, es decir, una identidad desastrosa por “naturaleza”, cayendo casi en un determinismo histórico-geográfico. Ver Mellafe, 1981, p 127.

Para finalizar, nos parece relevante destacar la necesidad urgente de pensar estos temas desde una mirada amplia. Una mirada que sea capaz de leer no sólo el presente, sino que también el pasado y los devenires en el tiempo. Con esto apuntamos a lo obligatorio que se vuelve reunir a diferentes estudiosos, diversas áreas, desde técnicos a historiadores para que juntos puedan forjar un cuerpo de conocimiento que permita buscar los caminos más coherentes ante un tema tan complejo como es el del espacio y sus catástrofes.

Bibliografía

- CASTILLO, FADIC Gabriel.** Las Estéticas Nocturnas. Ensayo republicano y representación cultural en Chile e Iberoamérica. Santiago, Chile, Estética UC, Colección Aisthesis "30 años", N° 2. 2003.
- GAY, Claudio.** Historia física y política de Chile. Documentos sobre la historia, la estadística y la geografía, Paris, chez l'auteur, 1852, II, p 484.
- JOCELYN-HOLT, Alfredo.** Historia General de Chile. Tomo III, Amos, señores y patricios. Santiago, Chile, Editorial Sudamericana. 2008.
- Historia General de Chile. Los Cesares Perdidos, Santiago, Editorial Sudamericana, 2004.
- El Peso de la Noche: nuestra frágil fortaleza histórica. Buenos Aires, Argentina, Editora Espasa Calpe, 1997.
- KELLER, Carlos.** La eterna crisis chilena. Santiago, Chile, Nacimiento. 1931.
- MELLAFE, Rolando.** El Acontecer Infausto en el carácter chileno: una proposición de historia de las Mentalidades. *Atenea*, N° 442. 1981.
- OYARZÚN, Luis.** Temas de la Cultura Chilena. Santiago, Chile, Editorial Universitaria. 1967.
- ROA, Armando; TELLIER, Jorge.** La invención de Chile. Santiago, Chile, Editorial Universitaria. 1993.
- SUBERCASEAUX, Bernardo.** Chile o una loca historia. Santiago, Chile, LOM. 1999.